

Fernando LLAMAZARES RODRIGUEZ: «*El Retablo Barroco en la provincia de León*». Universidad de León y Diputación Provincial de León. Editorial Lancia, León, 1991. 414 páginas, 124 láminas de fotografías en blanco y negro y color. Diversas figuras dentro del texto.

Los estudios regionales histórico-artísticos están llevando a cabo una encomiable labor de poner al día un conocimiento más profundo de las escuelas provinciales, rellenando un hueco que era necesario completar para poder tener una idea más profunda del flujo de las ideas artísticas entre los diversos centros, el grado de importancia creativa de éstos, así como quiénes fueron los artistas que trabajaron en los mismos. Este era el caso de la escultura barroca leonesa, de la que sólo se conocían los ejemplos más insignes, gracias al trabajo de diversos investigadores, pero de la que nos faltaba un panorama amplio y completo de la misma.

La obra de Llamazares ha cumplido con creces esta labor. En primer lugar, ha partido del estudio documental, gracias al cual ha desentrañado la participación en las obras estudiadas de numerosos ensambladores y escultores leoneses, muchos de ellos inéditos. Esta labor de archivo ha sido exhaustiva y la interpretación de los datos se ha hecho con rigor.

A partir de los datos obtenidos se confecciona el panorama de la retablística leonesa, estudiándose la clientela con la participación en el patronato de las distintas clases sociales, en la que el autor hace destacar el papel de diversos obispos, especialmente astorganos, como Don Alonso Mesía de Tovar. Se hace también una valoración del proceso constructivo del retablo, con las diversas circunstancias que rodean a su confección. Y lo más importante: se establece una valoración artística de las numerosas obras analizadas, en las que el autor reconoce la categoría artesanal de muchas de ellas, pero con excepciones notables, como el desaparecido retablo del Monasterio benedictino de Sahagún, con traza de fray Pedro Sánchez y esculturas del riosecano Mateo Enríquez y de Gregorio Fernández; o el mayor de la catedral de León, obra de Narciso Tomé y Simón Gavilán Tomé.

El estudio parte de la actual provincia de León, pero el autor es consciente de lo relativo de las divisiones administrativas decimonónicas y adopta un criterio más convincente, al tener en cuenta la antigua división en obispados, a su vez particularizados en comarcas naturales, con sus características peculiares. De esta manera, se asiste a un planteamiento adecuado de las relaciones artísticas entre los retablos leoneses y centros más creativos como Toledo, Salamanca, Medina de Rioseco o Valladolid.

En este medio geográfico-ambiental, se hace el desglose de las obras que se analizan por períodos estilísticos, en los que se siguen las pautas generales de otras escuelas: retablo contrarreformista o clasicista (1600-1650); retablo prechurrigueresco (1650-1690); retablo churrigueresco (1690-1737); retablo rococó (1737-1780).

En el primer período, destaca el citado retablo del monasterio de Sahagún, en la comarca de Campos. También los retablos aún romanistas, que se dan en el obispado astorgano (por la influencia aún presente de Gaspar Becerra), que aparecen en el buen escultor Gregorio Español. Más novedoso, dentro del mismo medio, son las obras patrocinadas por el obispo Mesía de Tovar.

No tuvo gran desarrollo el retablo prechurrigueresco en León, siendo de destacar la acción artística de José de Margotado en la diócesis legionense.

En cambio, son abundantes los retablos de traza churrigueresca, entre los cuales aparece frecuentemente la llamada columna ajarronada, típica de esta zona, cuyo origen considera Llamazares que puede estar en la construcción barroca de la fachada de San Marcos de León. Entre los autores, destacan Andrés Hernando y la familia de los Valladolid, dentro de la comarca leonesa.

La fase del rococó se inicia en 1737 con el contrato del retablo de la catedral de León,

insigne obra, hoy despiezada, en la que intervienen Narciso Tomé y su primo Simón Gavilán Tomé, con lo cual León se pone en contacto con los círculos toledanos y salmantinos. De este retablo hace el autor un cumplido seguimiento de su génesis, y analiza su estela en el medio leonés.

En resumen, la obra, que se completa con dibujos y plantas de algunos ejemplos significativos y una cuidada colección de reproducciones fotográficas, está muy bien elaborada y está abierta a las consultas de los estudiosos del retablo barroco, para un mejor conocimiento de la época en que se desarrollaron.—JESUS MARIA PARRADO DEL OLMO.

Juan José MARTIN GONZALEZ: *El escultor en palacio (Viaje a través de la escultura de los Austrias)*, Editorial Gredos, Madrid, 1991. 297 páginas, numerosos fotograbados en negro y color dentro del texto.

Cuando se habla de Arte, y en particular de Arte regio, se suele centrar la atención en la Arquitectura y la Pintura. La Escultura se presenta entonces como una hermana menor de las anteriores, por creerse erróneamente que tuvo escasa relevancia en el ámbito palaciego. En el libro que aquí se comenta, el Prof. Martín González revela la gran importancia que tuvo la presencia de la plástica escultórica en la Corte de la dinastía de los Habsburgo. Nadie más cualificado que él para llenar el vacío historiográfico existente sobre esta materia, dada su larga experiencia en el estudio del arte áulico del Siglo de Oro y, sobre todo, de la escultura española.

Para llevar a cabo su investigación, el autor se ha valido de documentos publicados con anterioridad, especialmente de los inventarios de bienes que se levantaron a la muerte de los reyes. Pero a estos datos conocidos, ha sumado una ingente cantidad de otros nuevos, obtenidos en sus propias búsquedas documentales, entre los que destacan los inventarios de obras de arte de miembros de la familia real que se distinguieron por su gusto coleccionista, como María de Hungría o el príncipe don Carlos.

El recorrido por las colecciones escultóricas de propiedad real comienza con la de Isabel la Católica, que resulta extraordinariamente significativa como punto de referencia de lo que sucederá más adelante, ya que en ella la Escultura aparece casi exclusivamente bajo la forma de piezas religiosas o devocionales, lo mismo que en la de su hija Juana. Subraya Martín González cómo a partir del reinado de Carlos V este Arte comienza a cobrar una dimensión profana, de frecuente intencionalidad política, como se manifiesta en la decoración escultórica de ciertos ámbitos reales. La heráldica, la mitología, la alegoría y la Historia, tanto la clásica como la reciente, se fusionan para proclamar las *auctoritas* imperial. La época de Carlos V supone también la incorporación definitiva del escultor al servicio de la Corte, lo que tiene su máximo exponente en el italiano Leon Leoni, y más tarde, en su hijo Pompeyo. Ambos realizan una amplia galería de retratos de miembros de la familia real, entre los que cabría incluir los que componen los grupos funerarios del Emperador y de Felipe II en El Escorial. El inusitado desarrollo de este género resulta revelador de las intenciones autoglorificadoras de ambos monarcas. Por otra parte, en el haber de Leoni padre también se encuentra la defensa de la dignidad de la práctica escultórica con respecto a las otras actividades artísticas.

A partir del reinado de Felipe II se registra un decidido fomento de las Artes, y entre ellas la Escultura, al servicio real. En el de Felipe III hay un cierto paréntesis en este proceso, pero en el de Felipe IV resurge con una pujanza difícilmente equiparable. Es el momento de la construcción y amueblamiento artístico del palacio del Buen Retiro, pero también de